

LA POLÍTICA DE AJUSTE Y LA AGRICULTURA EN AMÉRICA LATINA

ALEXANDRE MINDA
Universidad de Nantes,
LEREP, Universidad de Toulouse I, Francia

REGULARMENTE, México o Brasil, principales protagonistas involuntarios de la deuda exterior del Tercer Mundo, nos recuerdan la fragilidad del sistema financiero internacional. Ocho años después de desencadenarse la crisis de la deuda, la suma de la deuda exterior de América Latina continúa aumentando. Actualmente, llega a más de 430 mil millones de dólares, o sea más de la tercera parte de la deuda de los países en desarrollo. Para poner remedio, la mayoría de los países de la región aplicaron políticas de ajuste que han dado lugar a numerosos estudios. En esos trabajos, la agricultura no ocupa, tal vez, el lugar que merecería. El objeto de este artículo es precisamente analizar el impacto de las políticas de ajuste sobre la agricultura en América Latina.

LA EVOLUCIÓN RECIENTE DE LAS POLÍTICAS DE AJUSTE

Las políticas de ajuste aplicadas en América Latina se han modificado sensiblemente en estos últimos años. Para comprender mejor esas modificaciones, comenzaremos por interrogarnos sobre la significación del concepto de ajuste, y luego examinaremos el debate que ese término ha despertado entre ortodoxos y heterodoxos.

El concepto de ajuste

Ajuste, estabilización, austeridad, ¿cómo orientarse en el vocabulario empleado y en los conceptos que cubre? Como lo subraya P. Hugon (1989), el ajuste es un término que tiene varios sentidos. En ciertos casos, designa una política de estabilización que tiene por objeto reducir la demanda global; en otras circunstancias, se trata antes bien de una serie de medidas destinadas a modificar las estructuras económicas. En sentido lato, P. Hugon define el ajuste como “el proceso por el cual la balanza de pagos se equilibra después de una perturbación”. Ese mismo autor muestra que, en un sentido más limitado, el ajuste debe distinguirse de la estabilización, “ya que corresponde a un crecimiento de la producción, a una promoción de las exportaciones o a un proceso de sustitución de impor-

taciones". El ajuste estructural, por su parte, designa la ordenación del sistema económico de un país. Es definido por Guillaumont (1986) como "un ajuste duradero de la balanza de pagos, obtenido por medio de una adaptación de las estructuras económicas (principalmente de las estructuras de producción), es decir, no por medio de una reducción del crecimiento económico ni por la recurrencia acelerada o excesiva de los capitales exteriores".

La puesta en vigor de medidas políticas de ajuste queda asegurada por préstamos de ajuste estructural o sectorial otorgados por organismos internacionales como el FMI, el Banco Mundial o, asimismo, el Banco Interamericano de Desarrollo.¹ Estos préstamos están destinados a apoyar reformas profundas de las políticas y de las instituciones con objeto de consolidar la estabilidad macroeconómica, especialmente por medio de una reducción del déficit de la balanza de pagos.

El debate entre ortodoxos y heterodoxos

La lucha contra la inflación y el déficit de la balanza de pagos ha sido una constante de las políticas practicadas en América Latina desde finales de los años cincuenta. En el curso de este periodo, se ha modificado la naturaleza de los déficit exteriores. Como lo ha mostrado M. Ikonicoff (1987), hasta finales de los setenta, la balanza comercial estaba, casi siempre, en el origen de los déficit, a causa de la diversificación de la estructura económica. Hoy, es esencialmente el déficit de la balanza de los servicios y de las transferencias. En efecto, durante los setenta los países desarrollados hicieron préstamos abundantes a los países latinoamericanos. Las tasas de interés eran bajas, la inflación mundial era importante y el dólar iba en descenso. Al endeudarse, América Latina tenía la impresión de que podría pagar su deuda con facilidad. La inversión de la política monetaria norteamericana a comienzos de los ochenta provocaría un aumento de las tasas de interés, un alza del dólar y una lentificación del alza de los precios. Estos hechos, a los que hay que añadir el deterioro de las condiciones de cambio, harán más pesada la deuda de América Latina, haciendo insoportable el peso del servicio.

Entre las medidas adoptadas por las economías latinoamericanas durante los años ochenta para remediar esos desequilibrios externos se pueden distinguir, por una parte, los planes llamados "ortodoxos", directamente relacionados con la crisis financiera desencadenada por la moratoria de México en agosto de 1982, y por otra parte, los planes llamados "heterodoxos", aplicados como reacción a los primeros.

Las políticas ortodoxas, inspiradas directamente en recomendaciones del FMI, también son llamadas así por razón de su filiación al modelo

¹ En 1989, más de la mitad de los compromisos del Banco Mundial para con América Latina consistieron en préstamos para el ajuste.

liberal. Su objetivo principal es que se pueda seguir pagando el servicio de la deuda, restableciendo el equilibrio de los intercambios exteriores y reduciendo el déficit presupuestario. Los ortodoxos parten del principio de que todo desequilibrio exterior tiene su origen en un excedente de la demanda sobre la oferta. Por tanto, toda corrección necesita una disminución de la demanda y una reasignación de los factores de producción, de tal forma que estimulen la oferta global (G. Grellet, 1987). En esta perspectiva, se preconizan sistemáticamente dos series de medidas: una acción a breve plazo sobre la demanda global y cambios más estructurales, como la contracción del Estado y la apertura de la economía al exterior. Ya en la realidad, esto se traduce en un bloqueo de los salarios acompañado por un encuadramiento del crédito y una política de altas tasas de interés, para fomentar el ahorro y para atraer a los inversionistas extranjeros. Simultáneamente, se comprime el gasto público y se aumentan las tarifas públicas. Por último, se devalúa la moneda nacional para limitar las importaciones, favorecer las exportaciones y obtener así un excedente comercial.

El fracaso de estas medidas hará surgir una nueva generación de planes de ajuste, llamados heterodoxos debido a que provienen, principalmente, de una interpretación keynesiana de los mecanismos económicos. Su principal objetivo no consiste en sanear las cuentas exteriores y pagar la deuda, sino en combatir la inflación sin comprimir la demanda interior, es decir, evitando una recesión. Los economistas heterodoxos lo consideran posible en la medida en que la inflación latinoamericana les parece en parte "inercial". Creen, en efecto, que una parte de la inflación se reproduce por sí sola en razón de la capacidad de los agentes económicos para indizar la economía con el fin de defender su parte de la distribución del ingreso nacional. En esas condiciones, los heterodoxos creen que sólo una congelación de los salarios y de los precios podrá quebrantar la inercia inflacionaria (B. Jetin, 1987). Algunos autores añaden a esas medidas una desindización general de la economía y una reforma monetaria.

Las políticas de ajuste en la práctica

El debate entre ortodoxos y heterodoxos marcará profundamente la evolución de las políticas económicas. Hasta mediados de los años ochenta, va a predominar el modelo ortodoxo. Durante este periodo, las políticas de estabilización y los programas de ajuste estructural son muy influidos por las recomendaciones del FMI. El objetivo prioritario del Fondo consiste, por entonces, en equilibrar las balanzas de pagos; sus medios preferidos son la devaluación, una política monetaria restrictiva, medidas tendientes a reducir el nivel de la actividad económica y una política de integración creciente de la economía al mercado mundial (Lichtensztejn, 1984).

Como ejemplo, en 1980 Brasil aplica una política económica muy res-

trictiva (liberación de las tasas de interés y reducción del gasto público) para obtener un acuerdo de escalonamiento con el FMI. Asimismo, en 1985 Chile lanza un programa de ajuste que comprenderá un proceso de privatización y una liberalización financiera y comercial.

Ante el crecimiento de la deuda exterior y la aceleración de la inflación, varios gobiernos latinoamericanos modificarán su política y escogerán modelos más o menos heterodoxos. El Plan Cruzado, adoptado en Brasil en marzo de 1986 y en menor medida —porque incluirá medidas ortodoxas—,² el Plan Austral, puesto en práctica en Argentina en 1985, son los ejemplos más conocidos. A diferencia de las políticas ortodoxas, esos planes se caracterizaron por una inversión de las prioridades en favor de la lucha contra la inflación. Por ejemplo, el Plan Cruzado trató de suprimir los mecanismos de indización con una reforma monetaria,³ un bloqueo de los precios y una desindización de los salarios. Como la inflación se hace más lenta en una primera etapa, el “cultivo del fracaso” alienta a las familias a utilizar sus ahorros para compensar su retardo en el consumo. Como la capacidad productiva no puede mantenerse, tanto más cuanto que el pago del servicio de la deuda refuerza la desinversión ya causada por la pérdida de confianza en la economía, reaparece la hiperinflación.

Ante esos fracasos, al parecer va a surgir una tercera generación de planes. En efecto, los tratamientos de choque aplicados recientemente por Fernando Collor en Brasil, Alberto Fujimori en Perú y Carlos Menem en Argentina se basan en un análisis idéntico. Según ellos, en adelante será imposible librarse de la austeridad. El plan de Collor, sin duda el más draconiano jamás adoptado en América Latina, incluye una parte estructural de inspiración liberal en extremo.⁴ El presidente brasileño no pensó, para vencer la inflación, en imponer una congelación general del ahorro financiero. El Estado, para reducir su déficit presupuestario, anuncia medidas particularmente severas: reducción del número de funcionarios, venta de habitaciones de interés público, supresión de todos los subsidios a la economía. Por lo demás, también emprende un programa masivo de privatizaciones. En el plano externo, la liberalización concierne a la supresión del proteccionismo y trata de hacer más flexible la legislación sobre las inversiones extranjeras. Pero el carácter innovador de ese plan consiste en que trata de involucrar a toda la población en el esfuerzo nacional, ya que, por primera vez, se gravan las grandes fortunas y los ingresos del capital.

² Entre los aspectos ortodoxos del Plan Austral, E. Amadéo (1987) observa principalmente la negativa de recurrir al Banco Central para financiar el déficit fiscal y el objetivo de reducir considerablemente el déficit presupuestario.

³ La reforma monetaria se concretó con la creación de una nueva moneda, el cruzado, equivalente a 1000 cruzeiros, y la adopción de una política monetaria expansiva con objeto de acompañar la remonetarización de la economía.

⁴ Para una exposición detallada de ese plan, véase J. Adda (1990).

EFFECTOS PREVISIBLES DE LAS POLÍTICAS
DE AJUSTE SOBRE LA AGRICULTURA

Las políticas de ajuste aplicadas desde comienzos de los años ochenta tienden a modificar las estructuras económicas para luchar contra la hiperinflación y restablecer los otros grandes equilibrios. Si los objetivos de esas políticas no siempre se alcanzan, sin embargo modifican profundamente el tejido económico, especialmente la agricultura. En efecto, el escaso número de objetivos estructurales concernientes al sector agrícola⁵ no significa, empero, que la reestructuración económica no afecte —de manera directa e indirecta— ese sector de actividad. Los efectos previsibles de las políticas de ajuste sobre la agricultura son, por lo demás, relativamente numerosos, aunque difíciles de apreciar.

Una evaluación difícil

El estudio del impacto de las políticas de ajuste sobre la agricultura tropieza con numerosas dificultades.⁶ En primer lugar hay un problema de información. Es cierto que se han hecho esfuerzos recientes por cuantificar el impacto de los procesos de ajuste sobre el sector agrícola. También se ha intentado en ciertos estudios mostrar el impacto de las políticas comerciales (tipo de cambio, tarifas y contingentes) de las políticas financieras (reservas de cambio y préstamos del exterior) o también de las políticas presupuestarias (fiscalidad, gastos públicos y préstamos locales) sobre la agricultura. Si esos trabajos tienen el mérito de mostrar que los mecanismos de ajuste ejercen efectos directos e indirectos —tanto positivos como negativos— sobre el desarrollo de la agricultura, o que la oferta agrícola a veces reacciona vigorosamente a los cambios macroeconómicos, sin embargo aún siguen incompletos. Para no dar más que algunos ejemplos, no se conocen debidamente las incidencias de las políticas de ajuste sobre los movimientos intersectoriales de la mano de obra y sobre el reparto de los ingresos agrícolas.

Los mecanismos de ajuste tienen efectos que se prolongan en el tiempo y en el espacio. Si las políticas monetarias y fiscales comprimen la demanda a corto plazo, en cambio otras medidas, como las reformas organizativas e institucionales, a veces modifican las estructuras agrícolas.

Una última dificultad reside en el hecho de imputar a las políticas de ajuste ciertos efectos tocantes a la agricultura. Así, la actual dificultad de ciertas ramas agrícolas, ¿se debe sobre todo al deterioro de los términos del intercambio de productos de base, a condiciones climáticas des-

⁵ Se puede citar la lentificación del éxodo rural y la transferencia de ingresos de la ciudad hacia el campo.

⁶ El estudio de las incidencias sociales de las políticas de ajuste tropieza con las mismas dificultades, véase P. Hugon (1989).

favorables, o a los efectos deflacionarios de las políticas de ajuste? En el mismo orden de ideas, los alentadores resultados de varias producciones agrícolas, ¿deben atribuirse a los efectos positivos de las medidas de ajuste, a una mejor adaptación de los agricultores a la evolución nacional e internacional de los mercados, o a las políticas agrícolas?

Los efectos posibles sobre la agricultura

A pesar de esas dificultades, se pueden tratar de precisar algunos efectos previsibles de los procesos de ajuste sobre la agricultura. Así, las medidas a corto plazo tendientes a reducir la demanda global corren el riesgo de limitar los mercados interiores. Asimismo, las maxidevaluaciones deben estimular, en principio, la exportación agrícola en la medida en que disminuyen su valor en moneda extranjera.

Programa de tipo ortodoxo

<i>Principales medidas</i>	<i>Efectos macro-económicos</i>	<i>Efectos sobre la agricultura</i>
Política monetaria restrictiva	Contracción de la demanda global	Reducción de la demanda final interna
Devaluación	Baja del precio de las exportaciones	Ventaja para los exportadores
	Encarecimiento de las importaciones	Aumento del precio de las importaciones agrícolas y alimentarias
Compresión de los gastos públicos	Estimulación de la oferta global	Disminución de subvenciones
Disminución de los salarios reales		Reasignación de recursos para la agricultura

Programa de tipo heterodoxo (por ejemplo, Plan Cruzado)

Congelación de salarios y de precios	Contracción de la demanda sin recesión	Pérdida de mercados
Desindización		
Reforma monetaria		

Programa mixto (por ejemplo, Plan Collor)

Congelación masiva del ahorro	Contracción de la demanda global	Pérdida de mercados
Aumento de la presión fiscal		
Compresión de los gastos públicos	Estimulación de la oferta	Disminución de las subvenciones
Reformas estructurales (Privatización, desreglamentación)		Reasignación de recursos a la agricultura

Paralelamente, las maxidevaluaciones encarecen los precios de las importaciones. Aumentan el precio de los insumos agrícolas y de los productos alimentarios importados; hacen más competitivas las empresas agroalimentarias que destinan su producción al mercado interno. El afán de reducir los déficit presupuestarios mueve al Estado a comprimir sus gastos, especialmente a disminuir los subsidios a la agricultura. Si el mundo agrícola es afectado por la baja de los subsidios y el aumento de los precios alimentarios, puede suponerse que las reformas estructurales estimulan la oferta global y entrañan una reasignación hacia sectores como la agricultura. Tal como lo precisa P. Hugon (1989), la reevaluación de los precios agrícolas y el racionamiento de la importación de alimentos deben conducir a una reasignación de recursos hacia la agricultura y del mundo urbano hacia el mundo rural (transferencias de ingresos ciudades/campo).

IMPACTO REAL DE LOS PROCESOS DE AJUSTE SOBRE LA AGRICULTURA

¿Están cerca o lejos de los efectos esperados? Si los resultados parecen contrastantes en el nivel macroeconómico, las políticas de ajuste provocan efectos nocivos importantes.

Resultados contrastantes

En uno de sus informes anuales, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) muestra que los ajustes macroeconómicos debidos a la crisis de la deuda parecen haber afectado menos a la agricultura, y hasta podrían haberla favorecido.⁷ En realidad, la situación es más compleja, como lo

⁷ Véase la relación de 1986, p. 141.

muestran los resultados contrastados de la agricultura latinoamericana en el curso del último decenio.

El sector agrícola no se ha replegado tanto como otros sectores claves, como la industria y la construcción. Más recientemente, la agricultura hasta se desarrolló con más rapidez que el conjunto de la economía latinoamericana.⁸ Su parte del PIB, que era de 10.7% en 1986, pasó a ser de más de 11% en 1988 (BID, 1989). Ese año, pasó de un mínimo de 3.8% en Trinidad y Tobago a un máximo de 36.6% y de 28.4% respectivamente en Haití y en Honduras. La fuerza creciente de la agricultura en 1987 (+7%) se hizo más lenta en 1988: sólo alcanzó 1.4%, mientras que el crecimiento demográfico fue superior. En esas condiciones, el PIB agrícola por habitante de 1988 fue inferior al de 1981.

Si esos resultados no sólo son imputables a las políticas de ajuste, debe notarse que estas últimas desempeñaron un papel nada desdeñable. R. Ffrench-Davis (1989) explica el menor repliegue de la agricultura por la asociación de dos fenómenos. Por una parte, el sector agrícola fue menos afectado que el resto de la economía nacional por la contracción de la demanda interna. Por otra parte, las empresas agroalimentarias vueltas hacia el exterior se beneficiaron directamente de una política que favorecía una mayor inserción internacional de las economías. La contracción de la demanda global afectó menos a la agricultura por dos razones esenciales: una menor elasticidad del ingreso de la demanda de productos agroalimentarios y una mayor flexibilidad en la baja de los precios de productos agrícolas destinados al mercado interno. Por otra parte, la agricultura desempeña un papel importante en el comercio exterior de la América Latina. En muchos países, asegura más de la mitad del total de las ventas al exterior. Para la región en conjunto, las exportaciones de otros productos agrícolas representan cerca de 30% del total de las exportaciones. Por tanto, ese sector se benefició de algunos aspectos positivos del ajuste: devaluación, precio de apoyo, estímulos a los exportadores. El impacto de las devaluaciones sobre la competitividad externa fue reforzado por la baja de los salarios reales. Esta baja (siendo iguales otras cosas) frenó la importación de alimentos y favoreció a los exportadores en la medida en que vieron una disminución de su costo de mano de obra. La evolución del comercio exterior de los productos agrícolas hace surgir un excedente comercial a lo largo de todos los años ochenta, pese a la baja de los precios internacionales. Al mismo tiempo, la composición de la producción agrícola regional se modificó: los cultivos de exportación tuvieron una tasa de crecimiento muy superior a la de los cultivos de subsistencia.⁹

⁸ A largo plazo, la parte relativa a la agricultura tiene, de todas maneras, la tendencia a disminuir, ya que representaba 16.6% del PIB en 1960.

⁹ Cf. BID (1986), cuadro VI-1.

Los efectos nocivos del ajuste sobre la agricultura

En la casi totalidad de los países latinoamericanos, las medidas de ajuste resultaron incompatibles entre sí y causaron efectos nocivos que incidieron en la agricultura.

La mayoría de los estudios disponibles muestran que las políticas de ajuste castigaron a los grupos sociales más pobres. Los campesinos sin tierra o los pequeños productores fueron las primeras víctimas de la disminución de los subsidios a los alimentos, de la baja de los gastos de salubridad y de educación o del alza de los precios de los productos alimentarios importados. Esta alza de los productos alimentarios a veces tuvo efectos de sustitución: de ahí la agravación del déficit nutricional. La baja de los subsidios y el alza de los precios alimentarios obligan a los más desprovistos a abandonar los campos. Todos conocemos los problemas que entraña esta urbanización masiva y desordenada: infraestructuras y habitaciones insuficientes, desempleo disimulado, aumento de la delincuencia, penuria alimentaria...

La devaluación no siempre causa los efectos previstos. En efecto, el acceso a los mercados mundiales fue limitado por las políticas agrícolas de los países desarrollados. Los Estados Unidos, Japón y la CEE siguieron dando importantes subsidios a sus agricultores y vendiendo sus excedentes a precios que hicieron bajar los ingresos de exportación de los principales productores latinoamericanos. La agricultura latinoamericana es fuertemente tributaria de la importación de semillas, abonos, máquinas o tecnología. El aumento de los precios de las importaciones se tradujo en una agudizada malnutrición (los productos alimentarios importados incluyen igualmente bienes de subsistencia) y en un alza de los costos para los productores que no pueden tener acceso al mercado internacional.

Por último, el esfuerzo que la deuda obliga a hacer para intensificar las exportaciones con objeto de adquirir divisas hizo favorecer a los cultivos de exportación, en detrimento de los cultivos destinados al mercado interno. Brasil, tercer lugar mundial en ganado bovino, también tuvo que importar leche y a veces carne para satisfacer las necesidades vitales de su población. Ese país hasta tuvo que importar en ciertos años, frijoles rojos, base de la alimentación brasileña (H. Théry, 1990). Esos nocivos efectos movieron a los gobiernos a tomar medidas compensatorias, como el otorgamiento de créditos agrícolas bonificados, la reducción del costo del material agrícola importado o la aplicación de desgravaciones fiscales. De hecho, esas medidas no hicieron más que acentuar el dualismo agrícola pues fueron los medianos y grandes productores comerciales —las más de las veces, exportadores— quienes se beneficiaron.

Los mediocres resultados de las políticas de ajuste nos invitan a hacer una reflexión sobre las condiciones del desarrollo del sector en vísperas de un nuevo milenio. Ese desarrollo exige que se satisfagan varios imperativos. Para quedarnos en el marco de nuestro estudio, nos centraremos en dos ejes esenciales.

El primero consiste en dar una mayor prioridad a la agricultura. Es evidente que este sector no ha tenido recursos suficientes para su modernización. Las presiones ejercidas por la demografía han hecho adoptar medidas destinadas a mantener el precio de los productos alimentarios a un nivel bajo, en detrimento de los agricultores, en una época en que los centros urbanos y la industria recibían la mayor parte de los recursos públicos.

Por otra parte, las políticas de ajuste no pueden ejercer un efecto favorable sobre la agricultura sino en el marco de una reestructuración de la economía mundial y de una reforma del sistema financiero internacional. Por ejemplo, es difícil imaginar una adaptación estructural de las economías latinoamericanas sin una transferencia de capitales globalmente positiva, y esa transferencia de recursos sigue siendo negativa desde 1982. Asimismo, sin un nuevo sistema monetario internacional, sin una regulación de la circulación de los productos básicos y sin la abolición de las medidas proteccionistas, será imposible para la agricultura de la región tener un desarrollo armonioso y equitativo.

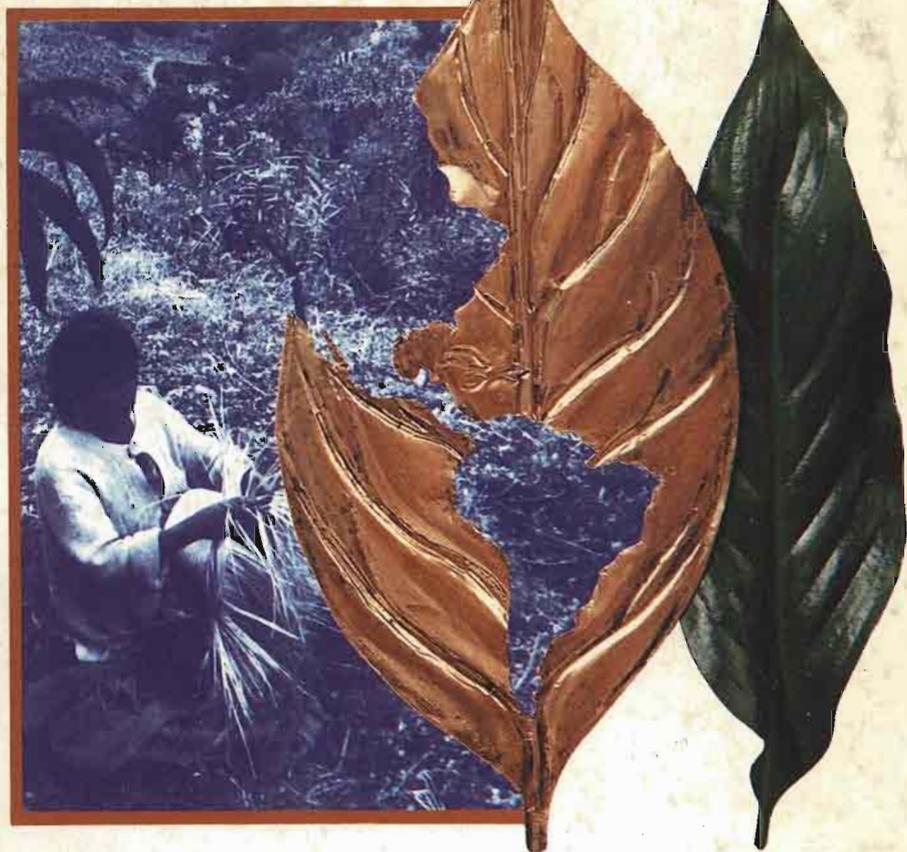
BIBLIOGRAFÍA

- Adda, J., "Inflation et hyperinflation", en *Alternatives Economiques*, núm. 77, mayo de 1990.
- Amadéo, E., "Le Plan Austral, ajustement ou changement structurel?", en *Tiers Monde*, núm. 109, enero-marzo de 1987.
- Banco Interamericano de Desarrollo, *Progrès économique et social*, Washington, 1986 y 1989.
- Cartier-Bresson, J., "Le Plan Cruzado et l'hérépodoxie économique", en *Tiers Monde*, núm. 109, enero-marzo de 1987.
- Guillaumont *et al.*, *Les prêts d'ajustement structurel*, informe provisional, CERDI, 1986.
- Ffrench-Davis, "Reajuste y agricultura en la América Latina: un examen de algunos temas", en *El Trimestre Económico*, núm. 222, México, abril-junio de 1989.
- Grellet, G., "Les politiques d'ajustement orthodoxes, un point de vue critique", en *Tiers Monde*, núm. 109, enero-marzo de 1987.
- Hugon, P., "Incidences sociales des politiques d'ajustement", en *Tiers Monde*, núm. 117, enero-marzo de 1989.
- Ikonicoff, M., "Une politique économique alternative pour le Tiers Monde? Les leçons du Plan Austral et du Plan Cruzado", en *Tiers Monde*, núm. 109, enero-marzo de 1987.
- Jetin, B., "La culture inflationniste: une présentation du débat sur l'inflation intertielle en Amérique Latine", en *Tiers Monde*, núm. 109, marzo de 1987.
- Lichtensztein, S., "De las políticas de estabilización a las políticas de ajuste", en *Economía de América Latina*, núm. 11, Buenos Aires, primer semestre de 1984.

Salama, P., "Les effets pervers des politiques d'ajustement dans les économies semi-industrialisées", en *Tiers Monde*, núm. 117, enero-marzo de 1989.

———, "Endettement et appauvrissement en Amérique Latine", en *Amérique Latine*, núm. 18, abril-junio de 1984.

Théry, H., "Brésil: les promesses de l'agroalimentaire", en *Economie et Finances Agricoles*, núm. 246, noviembre de 1989.



Agriculturas y campesinados de América Latina

Mutaciones y recomposiciones

Thierry Linck

(compilador)



Fondo de Cultura Económica/Economía Latinoamericana

ORSTOM

Institut Français de Recherche Scientifique
pour le Développement en Coopération

AGRICULTURAS Y CAMPESINADOS DE AMÉRICA LATINA

Mutaciones y recomposiciones

THIERRY LINCK
(compilador)



ORSTOM



INSTITUT FRANÇAIS DE RECHERCHE SCIENTIFIQUE
POUR LE DÉVELOPPEMENT EN COOPÉRATION

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en francés, 1993
Primera edición en español, 1994

Título original:

Agricultures et paysanneries en Amérique Latine. Mutations et recompositions

© 1993, ORSTOM, Institut Français de Recherche Scientifique pour le Développement en
Coopération, Paris

ISBN 2-7099-1152-3

D. R. © 1994, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-4276-7

Impreso en México